**NADIE SE MUERE DE AMOR**

RESEÑA

El origen de las pasiones amorosas puede venir del afuera de los amantes, un afuera de carácter no-físico, en otro tiempo y otro espacio, donde el amante tiene una cita inevitable con su amada impulsado por fuerzas impensables, toda vez que la concertación de este encuentro parece estar dada más por leyes mágicas que por leyes de la lógica. Un afuera donde aúllan los perros pasionales que el enamorado azuza hacia su amada y que ella devuelve, cifrados en visajes y miradas. O pueden venir también, por qué no, de un big bang que estalla debajo del ombligo y nos transporta en espíritu a un mundo donde la desnudes del ser amado nos regala la ternura primordial de un paraíso.

Ya desde la invención de la escritura los pueblos antiguos refirieron el enamoramiento y las pasiones amorosas como un deseo devorador y tiránico de origen divino. Se dice que los cristianos primitivos consideraban las pasiones amorosas como de origen satánico. En los textos clásicos del medioevo la palabra amor casi siempre es cargada de connotaciones malsanas relacionadas con arrebatos de ansiedad sexual irresistible. Para el Papa Inocencio I, el matrimonio debía ser sólo una relación de amistad y apareamiento cuyo objetivo final era la preservación de la especie, pero “Nunca un estado demoníaco de pasión o de ternura.” Sin embargo, por la misma época el amor romántico rescataba la noción pasión-ternura, en un erotismo que se convertiría en un elemento esencial en la unión del hombre y la mujer. Desde entonces, la pasión y la ternura marital se tornarían en un valioso hallazgo que otorga la estabilidad moral y emocional a la pareja delante de las consabidas tormentas amorosas.

En la contemporaneidad se acepta que la atracción que experimentan los amantes es involuntaria y nace de un impulso irracional y todopoderoso, pero también proviene de una elección del albedrio. Nace esta atracción justo en el instinto de preservación que se hace con ciencia delante del otro. Delante de la necesidad del otro. Ya Aristóteles lo anotaba en su Retórica: “El amor sano es desear todo bien al amado para su contento y provecho, no para el de uno mismo, y por el contrario dolerse y entristecerse por los males y aflicciones de la persona amada más que de los propios.” Y sigue en la historia de la humanidad un índice extenso con ejemplos de cómo un amante dio la vida por su amada, o tal amada por su amante. No en vano, la amada y su amante arriesgan sus fortunas, su honor, su vida misma, pues saben con el corazón que su empresa amatoria tiene iguales o mayores méritos que otros heroísmos místicos, civiles o militares. Pero aun así este amor no escapa al escrutinio de una realidad aplastante que en su elucubrar pragmático no tiene ni espacio ni tiempo para heroísmos aduciendo como premisa principal de su teoría de las relaciones eróticas, que no es posible que alguien se muera de amor por otro. Los cuentos de este volumen pretenden dar cuenta de cómo la naturaleza humana aun conserva en sus personajes los rasgos de una filantropía y un altruismo que, aunque constreñidos, aún perviven en el espíritu de un amor romántico que se niega a desaparecer no importando que coma según la tecnología y el maquinismo del siglo XXI, hoy por hoy nadie se muera de amor.